

REUNIONES ELECTORALES.

1848 A 1849.

---

---

## REUNIONES ELECTORALES

---

1848 A 1849.

### CARTA Á LOS ELECTORES.

20 Junio 1848.

Contestacion de Víctor Hugo á los electores que le escribieron proponiéndole candidato á la Asamblea nacional constituyente.

Señores:

Pertenezco á mi pais; puede éste disponer de mí.

Tributo respeto, quizá exagerado, á la libre eleccion; perdonad que en atencion á tal respeto no me ofrezca.

Tengo escritos treinta y dos volúmenes; tengo puestas en escena ocho obras dramáticas; he hablado seis veces en la Cámara de los pares; de éstas, cuatro en 1846: el 14 de Febrero, el 20 de Marzo, el 1.º de Abril y el 5 de Julio; una vez en 1847, el 14 de Junio, y otra vez en 1848, el 13 de Enero. Mis discursos se encuentran en el *Monitor*.

Todo esto es público. Todo el mundo lo sabe; nada tengo que quitar ni añadir.

No necesito declarar quién soy. ¿Para qué? Todo hombre que haya escrito, aunque no sea más que una sola página durante su vida, es conocido, desde luego, por esta página, si en ella ha retratado fielmente su conciencia y su corazon.

Mi nombre y mis obras creo que no son absolutamente desconocidos de mis conciudadanos. Si mis conciudadanos, dentro de su libertad y de su soberanía, me llaman para tomar asiento, como su representante, en la Asamblea que vá á tener en sus manos el destino de Francia y de Europa, aceptaré con reconoci-

miento tan austero mandato y le cumpliré con verdadera satisfaccion, con desinterés y con constancia.

Si no me designan, daré gracias al cielo, como las dió el espartano, porque en mi pátria se han encontrado novecientos ciudadanos mejores que yo.

En estos momentos callo, observo y admiro los grandes actos de la Providencia.

Estoy dispuesto, si mis conciudadanos piensan en mí y me imponen ese gran deber público, á volver á entrar en la vida política; si no, á permanecer en la vida literaria.

En los dos casos, y cualquiera que sea el resultado, continuaré consagrandome á mi pais, como vengo haciéndolo veinticinco años ya, mi corazon, mi inteligencia, mi vida y mi alma.

Podeis contar, señores, con la seguridad fraternal de mi afecto y de mi cordialidad.

---

### PLANTACION DEL ÁRBOL DE LA LIBERTAD

EN LA PLAZA DE LOS VOSGOS.

Con verdadera alegría acudo al llamamiento de mis conciudadanos y vengo á saludarles, y á saludar á las esperanzas de emancipacion, de orden y de paz que van á germinar confundidas con las raíces del árbol de la libertad.

Nada simboliza la libertad de una manera más hermosa que un árbol. La libertad tiene sus raíces en el corazon del

pueblo, como el árbol tiene las suyas en el corazón de la tierra; la libertad, como el árbol, eleva sus ramas al cielo, en cuyo seno las desplega; la libertad, como el árbol, se engrandece sin cesar y cubre con su sombra á las generaciones.

Hace diez y ocho siglos que se plantó el primer árbol de la libertad en la cumbre del Gólgota, árbol que plantó el mismo Dios. Sí; el primer árbol de la libertad fué aquella cruz sobre la cual Jesucristo se ofreció en sacrificio por la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano.

Nada ha cambiado desde hace diez y ocho siglos la significación de ese árbol; pero no olvidemos que tiempos nuevos exigen nuevos deberes.

La revolución que nuestros padres hicieron há sesenta años fué grande por la guerra; la revolución que haceis vosotros hoy debe ser grande por la paz. La primera ha destruido, la segunda debe organizar. El trabajo de organización es el complemento necesario del trabajo de destrucción; por esto es por lo que vienen íntimamente ligados 1848 y 1789.

Fundar, crear, producir, pacificar, satisfacer todos los derechos, desarrollar todas las grandes ideas del hombre, aliviar todas las necesidades de las sociedades; tal es la tarea del porvenir. En la época que nos encontramos, el porvenir viene ligero.

Hasta podríase decir que el porvenir no es mañana, sino que comienza desde hoy.

Al trabajo, al trabajo, obreros mecánicos, obreros de la inteligencia, todos los que me escuchan y rodean. Poned fin á esa gran obra de la organización fraternal de todos los pueblos, conducidos á un mismo objeto, ligados por una misma idea y viviendo con el mismo corazón. Seamos todos honrados; no economicemos ni sufrimientos ni esfuerzos. Difundamos sobre el pueblo que nos rodea y sobre el mundo entero la simpatía, la caridad y la fraternidad. Desde hace tres siglos el mundo imita á Francia; desde hace tres siglos, Francia es la primera de las naciones. ¿Y sabéis lo que quiere decir esta palabra, la primera de las naciones? Pues quiere decir la más grande, quiere decir también la mejor. ¡Amigos, hermanos, conciudadanos: establezcamos en todo el mundo, con la grandeza de nuestros ejemplos, el imperio de nuestras ideas! ¡Que toda nación sea dichosa y digna de parecerse á Francia!

Unámonos en una idea común! gritad conmigo: Viva la libertad universal! Viva la república universal!

#### REUNION DE AUTORES DRAMÁTICOS.

Me afectan profundamente las simpatías que me rodean; queridos amigos y compañeros célebres me han ensalzado mucho más de lo que valgo. Permitidme agradecerles su cordial elocuencia, á la que debo los aplausos con que han acogido mi nombre; permitidme, también al mismo tiempo, que me abstenga de todo lo que pudiera dar pié á que se crea que solicito sufragios. Puesto que la nación trabaja en busca de su ideal, hé aquí cuál sería el mio respecto á elecciones.

Quisiera las elecciones libres y puras, libres en cuanto á los electores, puras en cuanto á los candidatos.

Personalmente no me presento. Mis motivos ya los conoceis, porque los he publicado; se fundan en el respeto que profeso á la libertad electoral.

A los electores les digo: Escoged á quien queráis y como queráis. Yo espero y aplaudiré cualquier resultado que se consiga. Quedaré complacido si se me elige, satisfecho si se me olvida.

Esto no quiere decir que yo no sea ambicioso. Alimento una ambición con respecto á mi país, y esta es la de que sea poderoso, rico, feliz, próspero y glorioso bajo esta simple fórmula: *Libertad, igualdad y fraternidad*; es decir, que sea el más grande en la paz, como ha sido el más grande en la guerra. Alimento otra ambición, y esta se refiere á mí mismo: la de permanecer escritor libre y simple ciudadano.

Entre tanto, si llega un día que mi país, conociendo mis ideas y mi conciencia, que son públicas desde hace veinticinco años, me llama á la Asamblea nacional, asignándome un puesto desde donde pueda velar y quizás combatir, acataré su voto como una orden é iré donde me envíen. Estoy á la disposición de mis conciudadanos. Soy candidato á la Asamblea, como todo soldado es candidato al campo de batalla.

El cargo de representante del pueblo constituye, al mismo tiempo que un honor, un peligro, y basta que sea un ho-

nor para que yo no lo solicite, como basta que sea un peligro para que yo no lo rehuse.

Me habeis comprendido. Ahora voy á hablaros de vosotros mismos.

Existen hoy en Francia, en París, dos clases de obreros que ambas tienen derecho á ser representadas en la Asamblea nacional. La una... No quiera Dios que yo hable nunca más que con cordial efusión de esos bravos obreros, que han realizado grandes actos y los realizarán aun más grandes todavía. No soy de los que les adulan, soy de los que los aman. Sabrán completar la alta idea que han dado al mundo de su buen sentido y de su virtud. Han mostrado su valor durante el combate y demostraron su paciencia después de la victoria. Esa clase de obreros, digo, ha realizado grandes empresas; por lo mismo serán noble y espléndidamente representados en la Asamblea constituyente; por mi parte reservo diez puestos á los obreros de París en mi Boletín.

Pero quiero, quiero para honor de la Francia que también la otra clase de obreros, los obreros de la inteligencia, esté noble y largamente representada. El día que se diga que los escritores, los poetas, los artistas están fuera de la representación nacional, aquel día acontecerá un oscuro y fatal eclipse; disminuirá la luz de la Francia.

Es preciso que todos los obreros tengan sus representantes en la Asamblea nacional, tanto los que forman la riqueza del país como los que realizan su grandeza; tanto los que remueven el pavimento de las calles como los que agitan los espíritus.

Cierto que algo vale haber construido las barricadas de Febrero al alcance de la mosquetería y fusilería; pero no vale menos el estar sin cesar, sin tregua, sin descanso, firmes, luchando en las barricadas del pensamiento, expuestos á los odios del poder y á la metralla de los partidos. Aquellos obreros, nuestros hermanos, han luchado tres días; nosotros, los obreros de la inteligencia, hemos luchado veinte años.

Estad atentos á lo que es de gran interés. Que en vuestro nombre tome uno la palabra, y que vuestra bandera, que es la bandera de la civilización, se enarbole durante el estruendo de la batalla por mano firme é ilustrada. ¡Haced prevalecer las ideas! Demostrad que la gloria es una fuerza. A pesar de que las revoluciones han derribado mucho, existe aun

un poder que permanece erguido: el pensamiento. Las revoluciones destruyen las coronas, pero no extinguen las aureolas.

Preguntando uno de los autores presentes á M. Víctor Hugo qué haría si un club se dirigiese á la Asamblea constituyente, M. Víctor Hugo contestó:

“Ruego á M. Teodoro Muret que no olvide que yo no me presento; sin embargo, voy á contestarle; pero le contestaré como elector, no como candidato.

Si en el momento en que el sistema electoral, más amplio y más liberal que jamás los hombres han podido conseguir, llama á todos los ciudadanos para que emitan su voto; á todos, desde el primero hasta el último, bien que hoy ya no hay ni primero ni último, quiero decir, á todos; si en el momento que de todos esos votos reunidos va á salir la Asamblea definitiva, la Asamblea suprema, que será, por decirlo así, la majestad visible de la Francia, fuera posible que en el momento de tomar posesión ese Senado de su autoridad soberana existiera en un rincón cualquiera de París una fracción, una pandilla de intrigantes, un grupo de hombres, no diré bastante culpables, pero sí bastante insensatos para atreverse, en el paroxismo del orgullo, á oponer su exigua voluntad cara á cara y frente á frente de la voluntad augusta de la Asamblea, que será la representación de la patria; si tal ocurriera, me precipitaria ante ellos y les lanzaría este grito: ¡Desgraciados! deteneos! ¡vais á demostrar que sois unos malos ciudadanos! Y si no consiguiera hacerlos desistir, si persistían en su tentativa de usurpación impía, ¡oh! entonces daría, si era preciso, toda la sangre que corre por mis venas, y mi lengua no encontraría bastantes imprecaciones, no tendría bastante indignación en el alma ni bastante cólera en el corazón para aplastar la insolencia de los dictadores con la soberanía de la nación.”

#### VÍCTOR HUGO Á SUS CONCIUDADANOS

##### Conciudadanos:

Respondo al llamamiento de los sesenta mil electores que me han honrado espontáneamente con sus sufragios en las elecciones del Sena. Me presento á vuestra libre elección.

Me pedís que diga lo que pienso respecto á la situación política actual; voy á decíroslo.

Dos Repúblicas son posibles. De éstas, la una abatirá la bandera tricolor con la bandera roja; derribará la columna; echará abajo la estatua de Napoleón y elevará la estatua de Marat; destruirá el Instituto, la Escuela Politécnica y la Legion de Honor; añadirá á la augusta divisa *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, la opción siniestra *O la muerte*; producirá bancarrotas; arruinará las riquezas sin enriquecer á los pobres; desprestigiará el crédito, que es la fortuna de todos, y el trabajo, que es el pan de cada uno; abollará la propiedad y la familia; pasará las cabezas colgadas de las picas; llenará las prisiones por simples sospechas y las vaciará para la matanza; encenderá la guerra en Europa y reducirá á cenizas la civilización; hará de Francia la patria de las tinieblas; degollará la libertad, sofocará las artes, decapitará el pensamiento, negará á Dios; pondrá en movimiento esas dos máquinas fatales que son correlativas, la plancha para los asignados y la báscula para la guillotina; en una palabra, hará friamente lo que los hombres del 93 hicieron con ardor, y después de lo horrible y de lo grandioso que presenciaron nuestros padres, nos enseñará lo monstruoso de la pequeñez.

La otra República será la santa comunión de todos los franceses actuales y de todos los pueblos más tarde; basada en el principio democrático, fundará una libertad sin usurpaciones ni violencias; una igualdad que admitirá el crecimiento natural de cada uno; una fraternidad, no de monjes recluidos en un convento, sino de hombres libres; enviará á todos la enseñanza como el sol envía la luz, gratuitamente; introducirá la clemencia en la ley penal y la conciliación en la ley civil; multiplicará los caminos de hierro, hará floreciente una parte del territorio, desmontará otra, decuplará el valor del suelo; partirá del principio de que todo hombre debe comenzar por el trabajo y acabar por la propiedad; asegurará, por consiguiente, la propiedad como la representación del trabajo desahogado, y el trabajo como el elemento de la propiedad futura; respetará la herencia, que no es otra cosa que la mano del padre extendida á sus hijos al través de las paredes de la tumba; combinará pacíficamente, para resolver el glorioso problema del bienestar universal, los acrecimientos continuos de la industria,

de la ciencia, del arte y del pensamiento; perseguirá, sin perder terreno y sin salirse de lo posible y de lo verdadero, la realización serena de todos los grandes ideales de los sábios; fundará el poder sobre la misma base que la libertad, es decir, sobre el derecho; subordinará la fuerza á la inteligencia; disolverá el motín y la guerra, esas dos formas de la barbarie; hará del orden la ley de los ciudadanos y de la paz la ley de las naciones; vivirá y resplandecerá engrandeciéndose á la Francia, conquistando al mundo; en una palabra, será el majestuoso abrazo del género humano ante las miradas satisfechas de Dios.

De estas dos Repúblicas, la última se llama la civilización, la otra se llama el terror; y así como consagraré mi vida para establecer la primera, la perderé gustoso para impedir que triunfe la segunda.

## SESION DE LAS CINCO ASOCIACIONES

### DEL ARTE Y DE LA INDUSTRIA

29 Mayo 1848.

VÍCTOR HUGO: Hace un mes, por respeto á la iniciativa electoral, creí que debía abstenerme de toda candidatura personal, aunque al mismo tiempo declaraba, como recordareis, que el día en que estuviese en peligro la Asamblea nacional me presentaría en seguida, y como el peligro ha aparecido, por eso me presento.

Hace un mes me dirigió uno de vosotros esta pregunta, que acepté con dolor: "Si ocurriera que los insensatos osaran violar la Asamblea nacional, ¿qué creis que debería hacerse?" Acepté, repito, la pregunta con dolor, y respondí sin vacilar al momento: "Deberíamos levantarnos todos como un solo hombre y (estas fueron mis propias palabras) aplastar la insolencia de los dictadores con la soberanía de la nacional."

Lo que yo pedía hace un mes lo han realizado trescientos mil ciudadanos armados hace quince días.

Antes de ese acontecimiento, que es un atentado y una catástrofe, ofrecerse como candidato no era más que un derecho, y de los derechos siempre podemos abstenernos. Hoy es un deber, y al

deber no se debe renunciar. Renunciar el deber es desertar, y ya lo veis, yo no deserto.

Después de la época de que os hablo se han aclarado en algunas semanas los confusos contornos de las cuestiones políticas; los acontecimientos, repentinamente en un día providencial, han iluminado el interior de todas las ideas, y en el momento actual la situación se presenta sumamente sencilla. Solo se reduce á dos cuestiones: á vida ó á muerte. A una parte están los hombres que quieren la libertad, el orden, la paz, la familia, la prosperidad, el trabajo, el crédito, la seguridad comercial, la industria floreciente, la dicha del pueblo, la grandeza de la patria y, en una palabra, la prosperidad de todos, compuesta del bienestar de cada uno. En la otra parte están los hombres que quieren el abismo, los hombres que sueñan en embarcar la Francia en una especie de almadía de Medusa, en donde será devorada esperando la tempestad y la noche.

No creo que tenga necesidad de decir que no pertenezco á esta clase de hombres ni perteneceré jamás. Lucharé hasta mi último suspiro contra esos perversos ciudadanos que quieren imponer la guerra en Francia por el motín y la dictadura al pueblo por el terror; siempre me encontrarán de pie ante ellos, ya en la tribuna como ciudadano, ya como soldado en la calle.

Lo que quiero ya lo sabeis, os lo he dicho hace pocos días; se lo he dicho al país, se lo he dicho con toda la convicción de mi alma, tratando de arrancar del corazón de las gentes honradas la palabra que todos tienen en el pensamiento, pero que nadie se atreve á pronunciar. Pues yo he dicho esa palabra que os indica mi elección. Quiero una República envidiada de todos los pueblos, y no una República que les inspire horror. Quiero una República tan noble, tan pura, tan honrada, tan fraternal, tan pacífica, que las demás naciones deseen imitarla y adoptarla. Quiero una República tan santa y tan bella, que cuando se la compare con las demás formas de gobierno, todas las otras formas palidezcan comparándose con ella. Quiero una República tal, que cuando las demás naciones dirijan sus miradas hácia Francia, no solo digan: ¡Qué grande es! sino que añadan: Qué dichosa!

Desengañaos (y quisiera que mis palabras traspasaran este estrecho recinto, que quizás traspasen); la propaganda de

la República gira toda dentro de la belleza de su desenvolvimiento regular; la propaganda de la República es su propia vida. Para que la República se establezca para siempre en Francia, es preciso que se establezca fuera de Francia, y para que se establezca fuera de Francia, es preciso que la acepte la conciencia del género humano.

Ya conoceis el fondo de mi corazón. Todo mi pensamiento se podría resumir en estas palabras: Odio eterno á la anarquía; tierno y profundo cariño al pueblo.

Añado á esto, y á todo lo que tengo escrito, y á todos los actos de mi vida pública, que jamás desde que tengo uso de razón ha salido una página de mi pluma, ni una palabra de mi boca, que no haya estado de acuerdo con las palabras que pronuncio en este momento.

Todos vosotros lo sabeis, mis amigos, mis compañeros, mis hermanos; soy el mismo que era ayer, el abogado consagrado á esta gran familia popular que por tanto tiempo ha sufrido; el pensador amigo de los trabajadores, el trabajador amigo de los pensadores; el escritor que quiere para el obrero, no la limosna, que degrada, sino el trabajo, que honra. Soy el mismo que ayer defendió al pueblo entre los ricos, y mañana, si es preciso, defenderá á los ricos entre el pueblo. Así comprendo los deberes que encierra la palabra sublime que me parece escrita por la mano de Dios y que brilla sobre todas las naciones con la luz eternal de los cielos, la palabra *Fraternidad*.

M. PAULIN siente que el ciudadano Víctor Hugo, cuyo inmenso talento admira, haya creído deber señalar el peligro de la anarquía, sin hablar del peligro de la reacción. Cree que la revolución de Setiembre no es una revolución política, sino una revolución social, y pregunta al ciudadano Víctor Hugo si está conforme en que el proletariado debe desaparecer de la sociedad.

VÍCTOR HUGO: ¡Desaparecer como el esclavo ha desaparecido! ¡desaparecer para siempre! pero no restableciendo, bajo otra forma, la servidumbre y la mano muerta. No hablo con doble sentido; decía hace poco que soy hoy el mismo que era ayer. Mucho antes de formar parte de ningún cuerpo político, hace quince años decía esto en un libro que publiqué: "Si á mí, que nada soy en el Estado, se me concediera la palabra sobre los negocios del país, la pediría solo en la orden del día, y solicitaría del gobierno que susti-